

**APORTES Y DESAFÍOS
EN LAS COYUNTURAS
NACIONALES RECIENTES**

Aportaciones del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones indígenas de México, a los pueblos originarios del estado de Morelos

Luis Miguel Morayta Mendoza*

ISSN: 2007-6851

p. 14–p. 23

Fecha de recepción del artículo: agosto de 2019

Fecha de aceptación: noviembre de 2020

Título del artículo en inglés: *Contributions from the National Ethnography Program of the Indigenous Regions of Mexico to the Indigenous Population in the State of Morelos.*

Resumen

En un contexto en que las instancias de gobierno negaban la existencia de los indígenas en Morelos, las visiones académicas se basaban principalmente en referentes prehispánicos, los funcionarios estatales alababan el que se fueran “acabando” y los propios actores tenían profundas confusiones sobre su identidad étnica, el equipo Morelos se planteó resolver la siguientes preguntas: ¿quiénes son los indígenas en Morelos?, ¿existen?, ¿qué los hace ser indígenas, frente a los que no lo son y frente a ellos mismo? Estas preguntas han orientado una buena parte de las investigaciones realizadas a través de varias líneas de investigación colectiva. Este equipo logró aportar nuevas formas de abordar la conceptualización de las sociedades indígenas morelenses y también propuestas metodológicas sobre la autoadscripción étnica. Esto dio base para las siguientes líneas de investigación del Programa.

Palabras clave: identidad étnica, tradición cultural indígena, vinculación comunitaria.

Abstract

Within a context in which the government agencies denied the existence of indigenous people in Morelos, and in which numerous academic points of view were mainly based on pre-hispanic (pre-Columbian) references while the state's officials praised the “imminent end” of said people, and even the social actors themselves felt seriously confused concerning their own ethnic identity, the Morelos Regional Team tried to answer the following questions: Who are the indigenous people in Morelos? What makes them thus when confronted with those who are not and even when confronted with themselves? Do they exist? These questions have oriented a good portion of the research done through various lines of collective investigation. This Team managed to bring forth new approaches concerning the conceptualization of the indigenous peoples of Morelos as well as different methodological suggestions around an ethnic self-identity. This served as a basis for the research lines that followed within the program.

Keywords: *Ethnic identity, indigenous cultural tradition, community bonding.*

* Centro INAH Morelos (mmoraytam@gmail.com).

Primeros retos del proyecto

Desde el inicio del Programa en 1999, el reto y la aportación más importante que logró el equipo regional Morelos ha sido la de darle a los pueblos originarios de Morelos una mayor visibilidad a su existencia y a su tradición cultural indígena, hasta entonces muy negadas. Todas las obras generadas en la investigación y las acciones de difusión realizadas por el equipo regional Morelos, han tenido esta meta, incluyendo la voz de los propios actores.

Desde su principio hasta el día de hoy, el proyecto –ahora Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígena de México– ha venido enfrentando varios desafíos. La irrupción del EZLN había puesto en la agenda nacional la cuestión indígena, e hizo que la sociedad nacional volteara a verse a sí misma y hacia las sociedades indígenas. Esto provocó una necesidad de comprender con mayor profundidad la vida de estas sociedades. Tal vez, la mayor exigencia en esos momentos era de los propios pueblos, como quedó expresada en el Congreso Indígena Independiente: “No somos minorías, somos la gente”. En estas palabras se manifestó la demanda de buscar otras formas de aproximación y de crear mejores herramientas para abordar la vida de estos pueblos ya que la manera como la habíamos imaginado no era ya ni tan cierta ni tan convincente. Era una exigencia de pasar de las formas clasificatorias a escuchar y dar voz a las propias comunidades indígenas, ése fue un desafío de inicio. En los primeros meses del proyecto, no faltaron los comentarios –de buena y de mala fe– que pronosticaban su rotundo fracaso, ¿cómo van a poder ponerse de acuerdo más de quince coordinadores regionales con sus equipos de colaboradores que sumaban más de sesenta investigadores? Se conjuntaron coordinadores y colaboradores de diverso prestigio académico con una enorme diversidad de obra, experiencias, preferencias teóricas, metodológicas y compromisos institucionales. Una buena parte de los participantes eran profesores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, otros eran investigadores de la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH, y algunos de diferentes Centros Regionales del INAH. Muchos del primer grupo marcaban una preocupación por poner a prueba ciertos postulados teóricos. De hecho, hubo quien propuso que todos los equipos regionales debían de abordar las investigaciones compartidas con la misma plataforma teórico-metodológica. Otros traían el compromiso de entender las sociedades regionales y lo veían como el objetivo principal bajo el cual debería de desarrollarse el proyecto. Lo que dio el cauce común al hoy Programa, fue que los equipos tuvieron una gran tolerancia a la diversidad y respeto al trabajo de los demás, sin esto, probablemente el proyecto no hubiera tenido una duración de 20 años.

Tratando de ser fieles al enunciado del proyecto se trató de iniciar las investigaciones sobre la delimitación de las regiones indígenas. Muy pronto fue evidente que sería más importante comprender las configuraciones socioculturales de estas regiones mediante el abordaje de ciertos temas que a la larga nos llevarían a la comprensión del manejo espacial que tienen los pueblos

indígenas. Se escuchó la propuesta: “la región debe de ser un punto de llegada y no un punto de arranque”; yo pienso que haber seguido este camino fue la mejor decisión.

Retos morelenses

Al inicio del proyecto, el equipo regional Morelos enfrentó la confusión conceptual que se tenía sobre la cuestión indígena en Morelos, la cual permeaba los ámbitos académicos, gubernamentales y de la sociedad regional en general, inclusive el de las propias comunidades. La obra de Florencia Müller, *Historia antigua del Valle de Morelos* (1949), marcó la manera de imaginar la historia prehispánica de Morelos y aun la historia contemporánea. El objetivo de la obra de Müller era establecer una secuencia cronológica en base a la tipología de la cerámica prehispánica en el hoy territorio de Morelos, identificando una sucesión de afinidades de la tipología regional, con otras tipologías cerámicas externas como son: las olmecas, las teotihuacanas, las toltecas y las mexicas. Esto dio pie a la interpretación (especialmente por los maestros de escuelas primarias y secundarias) de que diferentes grupos llegaron en cada etapa a poblar totalmente este territorio, negando así la existencia de poblaciones nativas originarias.

La presencia de elementos prehispánicos y especialmente aquellos de tradición mexica (particularmente de Tenochtitlan), se presentaban como aspectos definitorios de lo que constituía “lo indígena”. El criterio lingüístico también se volvió el criterio por excelencia del ámbito académico y de los funcionarios de gobierno. Se medía la presencia indígena en este estado por la cantidad de hablantes de las lenguas indígenas. Una y otra vez hemos insistido que cuando los pueblos originarios pierden su lengua, no se vacían de su tradición cultural.

El gobierno estatal en sus informes de la década de los sesenta señalaba con orgullo que la cantidad de estos hablantes iba a la baja, lo que demostraba que ya Morelos se estaba civilizando. “En Morelos no hay indios”, repetía el gobierno estatal con orgullo por décadas, pero ya a finales de los ochenta del siglo XX se crearon dependencias oficiales para atender a los pueblos indígenas. Estas dependencias emitían cifras sobre la población indígenas inventadas para desaparecer o agrandar la presencia indígena. A veces eran 12 000, otras eran 40 000, según se requería para acceder a recursos federales. Los pueblos originarios morelenses sufrieron la imposición de etiquetas identitarias impuestas sucesivamente desde fuera, desde lo ajeno: indios, nahuas, indígenas, mesoamericanos, campesinos, entre otras. Nuestro equipo regional se planteó preguntas básicas que orientaran nuestras *calas* etnográficas. Preguntas fundamentales tales como: ¿quiénes son los indígenas en Morelos?, ¿existen?, ¿que los hace ser indígenas, frente a los que no lo son y frente a ellos mismos?

Si bien contestar las preguntas básicas se volvió el enfoque de la primera línea de investigación, el esfuerzo se continuó a través de las siguientes líneas. Una de las aportaciones que se hizo a través de las investigaciones de la primera línea fue la comprensión de que los miembros de los

pueblos originarios son los portadores de una tradición cultural propia, que si bien tiene un origen antiguo, ha sido el producto de interminables procesos de adaptación y ajuste sobre las bases permanentes de ciertos principios éticos de la organización comunitaria. Pudimos entender que la respuesta a las preguntas básicas recaía en no clasificar a los pueblos estrictamente entre pueblos indígenas y pueblos no indígenas, sino más bien, reconocer que en todos los pueblos originarios del estado existe una mayor o menor presencia de una tradición cultural indígena, y una mayor o menor visibilidad de ésta.

El reto de la línea de investigación sobre estructura social nos condujo a entender el peso que ésta tiene en la configuración de las bases identitarias de los pueblos originarios. Para esto se analizaron los principios éticos de la organización social que fungen como ejes de la vida comunitaria de acuerdo a las propuestas de la Dra. Catherine Good, quien fue miembro del equipo regional Morelos durante varias líneas de investigación incluyendo la de “Estructura social”.

De manera que hubo una constante comunicación con Catherine Good para ir buscando afinidades y diferencias en Morelos, con los mismos principios éticos que ella analizó durante de varias décadas entre los nahuas del Alto Balsas. Esta investigación no implementó dichos principios de manera mecánica a la vida de las comunidades originarias de Morelos. Más bien, se tomaron estos principios como un camino de introducción al análisis de la estructura social de aquéllas. Esto permitió comprender el papel que juega el concepto de trabajo como la inversión de la energía vital de los individuos para alcanzar el principio básico de nutrirse y nutrir a los demás. El aspecto central es el traspaso de *chichahualistli* (energía vital) bajo las normas de reciprocidad, respeto y afecto, para con esto construir las redes sociales que conforman las colectividades del *san ce* o como si “fuéramos uno solo”.

Al ir avanzando las investigaciones fuimos entendiendo la importancia de estas colectividades ubicadas entre la familia y el barrio y su incidencia en la construcción de otras colectividades más amplias: barrio, pueblo y región. La estructura social en la cual se destaca la institución de nuestra gente, *togente*, es una colectividad constituida por familiares parientes y allegados que comparten en reciprocidad todos los aspectos importantes en la subsistencia física y cultural de los pueblos originarios.

No es la intención de plasmar en este texto todas las líneas de investigación colectiva, sus problemáticas y los resultados. Lo descrito aquí es sólo una muestra de los diversos desafíos que se tuvieron que enfrentar en el desarrollo de este proyecto. Como un reto constante, se trató de encontrar vetas y ángulo inéditos en las investigaciones, se procuró no repetir lo ya logrado por otros. Este proyecto tuvo en sus primeras ocho líneas de investigación, la intención de encontrar las singularidades regionales y étnicas de esta tradición cultural. De ahí, se plantearon problemáticas de más amplio espectro que implicaban dejar el “microscopio” de lo local para abarcar investigaciones más regionales y de índole más cercana a los problemas que agravan no sólo la vida de

los pueblos originarios, sino también la de la sociedad mexicana en general, como son el patrimonio biocultural, los problemas socio ambientales y la discriminación.

Para el caso del estado de Morelos, las líneas colectivas de investigación del Programa sobre relaciones bioculturales tuvieron una importancia particular. Nos llevó a analizar la conformación del medio ambiente morelense, el cual es muy rico en cuanto a los recursos naturales que hacen de este territorio, uno de los más fértiles y diversos del país, sobre todo los valles de tierra caliente. Estos valles reciben las aguas que vienen siguiendo el declive general de las montañas y cerros de las partes más altas, templadas y frías, hacia la Tierra Caliente de las zonas bajas. Ya sea encauzadas por barrancas, lechos de ríos y sobre todo aflorando en manantiales, las aguas llegan a estos valles convirtiéndolos en espacios de alta producción agrícola. Debido a esto y a una población con una alta capacidad como agricultores, siempre se ha dado una alta producción agrícola. Se generaron los más amplios tributos en la época del posclásico, en el siglo XV. En los principios del siglo XX, se dio la segunda más alta productividad de caña de azúcar en el mundo. En la segunda mitad del siglo XX, la producción agrícola en general dio por arriba de la media nacional. Posteriormente, al final de ese periodo, se empezó a dar una importante disminución del auto abasto y un colapso de la agricultura. Esto se reflejó en las tierras morelenses, donde se llegaron a construir emporios agrícolas: las haciendas azucareras. Frente a todo esto, fue imperativo analizar qué respuestas han dado los pueblos originarios, lo cual quedó asentado en el ensayo, "La migración en la tradición indígena de Morelos" (Morayta *et al.*, 2011).

La línea colectiva de investigación del Programa "Movilidad migratoria de la población indígena de México", nos hizo reconocer el territorio de lo que hoy es el estado de Morelos como el escenario de incesantes movimientos de población. Algunos han sido de una dimensión profunda como el despoblamiento en el periodo clásico de la historia prehispánica, la pérdida del cincuenta por ciento de la población como resultado de la Revolución y la influenza española de principios del siglo XX, hasta la vasta emigración de las últimas décadas de ese siglo y la primera del presente siglo XXI. Era importante analizar las razones tanto de la migración como de la no migración, por un lado, y por otro, la manera en que los principios éticos comunitarios tenían presencia en las estrategias de subsistencia de los migrantes de algunos pueblos originarios de Morelos.

Así, se pudo observar una intensidad mayor de acción basada en los principios éticos mencionados, en las estrategias que construyeron las familias que desde los años cincuenta habían empezado a emigrar especialmente a Estados Unidos. Lejos de disolver sus lazos con su pueblo de origen, los migrantes reforzaron sus lazos utilizando la reciprocidad y la solidaridad sobre todo entre su gente. Cada vez que alguien llegaba a alguno de los puntos migratorios en los Estados Unidos, o más bien, a algunas de las islas de un archipiélago sociocultural establecido desde la comunidad origen hasta cualquiera de los diferentes lugares con presencia y tradición cultural viva de pueblo originario, era ayudado, protegido, y llevado a la casa de alguna familia o paisano que le ayudarían a sobrevivir hasta que el recién llegado encontrara trabajo. El migrante entendía que tenía que pa-

gar a aquellos que le habían ayudado, pero sobre todo, tenía el compromiso de ayudar en lo posible a los que seguían llegando a la isla, o a alguna de las muchas estaciones que conformaron los emigrantes desde Morelos hasta Nueva York, Oregón, Minnesota y California, entre otros.

Estudiar el caso de Tetelcingo nos permitió entender que una comunidad con fuertes lazos de sus redes intrafamiliares así como comunitarias y teniendo la posibilidad de explotar otras actividades económicas más allá de la agricultura, podía disminuir la migración también como consecuencia de una estructura familiar basada en fuertes principios éticos propios. Por lo que toca al seguimiento que se hizo de varias familias del oriente de Morelos, en cuyos pueblos la agricultura era la actividad más importante pero que se está convirtiendo en algo imposible de realizar como forma de subsistencia, encontramos pueblos que casi tuvieron que perder la mitad de su población en busca de recursos para que sobreviviera la otra mitad. Y esto se cumplió a cabalidad, ya que las remesas enviadas por estas familias tuvieron un efecto multiplicador al interior de la comunidad, permitiendo la apertura de negocios y proveyendo dinero para contar con clientes de los mismos.

Obviamente, esto generó un repunte económico que ayudó subsistir en las adversas condiciones de una agricultura cada vez más difícil, si bien al interior los ingresos circulaban en primera instancia entre los miembros de la comunidad, “como si fuéramos un solo”.

Una de las aportaciones hechas por el equipo regional Morelos dentro de la línea de “Territorios simbólicos” ha sido la de acercarse a la manera en que los pueblos originarios dimensionan su territorio sagrado.

Este esfuerzo colectivo redundó en lograr que emergiera y pudiera ser entendido un aspecto de la territorialidad que demanda una búsqueda especial para comprender la construcción del paisaje sagrado de los pueblos que estudiamos. No fue fácil tarea ya que nuestra propia formación académica y bagaje cultural nos inducía a pensar lo delimitado y visible. Tuvimos que entender que a veces las comunidades perciben, construyen, y dimensionan el ámbito de lo sagrado en más de una forma. Ahí, los puntos del paisaje sagrado pueden ser circunscritos o dispersos, pueden ser simétricos o asimétricos, siguen ciertos ejes o dispersarse fuera de ellos. Pueden ser visibles unos, materiales y otros ideales. Además, la movilidad cíclica o intermitente es otra cualidad de este concepto puesto que el paisaje sagrado, aún dentro de esta intensa movilidad a veces intempestiva, hay elementos constantes que articulan las prácticas y las ideas religiosas de las comunidades en torno a este paisaje (Morayta *et al.*, 2003).

Esta manera de entender el manejo de los espacios socioculturales por parte de las comunidades nos llevó a formular una propuesta de municipios y distritos electorales indígenas de territorialidad discontinua, propuesta que fue tomada por algunos grupos de Xoxocotla, Morelos. Dentro de los resultados de esta línea, se pudo establecer la pertenencia sociocultural de varias regiones y subregiones de Morelos a las regiones colindantes de la Mixteca Poblana, la Montaña Baja y el Alto Balsas de Guerrero, la región Chalma (Estado de México y Cuernavaca), la región

que bordea el volcán del Popocatepetl (Morelos y Puebla), y la región de Amecameca (Estado de México, Morelos y cuenca del Valle de México). En otras palabras, el territorio del estado de Morelos está compuesto mayormente por las partes finales (“colas”) de otras regiones.

En la línea colectiva de investigación sobre la pluralidad religiosa entre los pueblos indígenas de México, nosotros escogimos el ámbito de los conflictos religiosos ya que en ellos radica un mirador privilegiado para entender el pensamiento y el actuar religioso de los pueblos originarios y de las sociedades regionales que los contienen. El primer desafío fue de tipo conceptual, ya que el conflicto se había conceptualizado como una patología social que había que eliminar para lograr el equilibrio en las sociedades. Nuestra posición fue la de considerar al conflicto como una parte constitutiva de las comunidades. Algo que de manera natural está siempre presente en cualquier colectividad y que las comunidades originarias van creando mecanismos para poder resolver o mediar, ante la imposibilidad de solución de los conflictos. La diversidad religiosa en el estado de Morelos incluye varias denominaciones de grupos religiosos y varias corrientes al interior de la Iglesia católica. Hasta donde nos llevó nuestra investigación, pudimos detectar que existen problemas más graves y profundos al interior de la Iglesia católica –como el generado entre el obispo Sergio Méndez Arceo¹ y el *Opus Dei*–, no así entre la Iglesia católica y las otras denominaciones religiosas. En las comunidades que estudiamos, el pertenecer a un grupo religioso diferente a la Iglesia católica no generaba problemas mayores, siempre y cuando no se viera afectada la cohesión de la comunidad. De hecho se han establecido diferentes puentes para que aquellos que ahora pertenecen a una denominación protestante puedan participar en la vida ceremonial en la comunidad sin tener que involucrarse con los rituales católicos. Ejemplo de esto son las fiestas patrias que se organizan de manera muy parecida a las mayordomías y que dan cabida a la participación protestante. También las llamadas clausuras o fiestas de graduación de las escuelas permiten establecer compadrazgos entre los padres del alumno que se gradúa y los padrinos del mismo.

Así pues, al indagar sobre la resolución de los conflictos, se hizo un análisis de los sistemas normativos de algunos pueblos originarios, sistemas basados en principios éticos y que constituyen la base para resolver conflictos y tensiones intracomunitarias.

El atlas etnográfico de los pueblos nahuas de Morelos, *tohuaxca, togente, lo nuestro, nuestra gente*

Uno de los principales objetivos del proyecto fue el generar una obra que incluyera el gran acervo de conocimientos y propuestas sobre los pueblos originarios que se había generado a través de las diversas líneas colectivas de investigación, pero que estuviera escrita de manera accesible a

1. Sergio Méndez Arceo fue el VII obispo de la Diócesis de Cuernavaca de 1952 a 1983.

cualquier persona interesada en el tema. El equipo regional Morelos invitó a diferentes especialistas de larga trayectoria y experiencia en sus temas, a participar en la construcción de un atlas. En especial se invitó a algunos miembros de los pueblos originarios de Morelos a que contribuyeran con diferentes textos para darles voz a sus inquietudes y conocimientos. Otros miembros de estos pueblos brindaron de manera bondadosa documentos, fotografías y otros elementos que fueron muy útiles para conformar esta obra.

Es importante mencionar que el equipo regional tuvo desde el inicio una clara posición de que este atlas no debería de ser un listado de rasgos culturales, sino una obra que presentara una propuesta metodológica de cómo abordar en la actualidad la cuestión indígena en el estado de Morelos, es decir, un atlas que hablara de procesos socioculturales y que presentara una manera diferente de abordar la cuestión indígena en Morelos. Afortunadamente, el desafío fue resuelto de manera muy positiva. Nos ha quedado la satisfacción de que esta obra, así como los ensayos publicados en los distintos volúmenes derivados de las diferentes líneas de investigación, han sido ampliamente consultados por tesisas, alumnos, profesores en el ámbito académico, pero también por funcionarios en el ámbito de los gobiernos municipales, estatales y federales; asimismo, han sido consultados y discutidos por miembros de diferentes pueblos originarios bajo los más diversos intereses.

Vinculaciones recientes

En los últimos ocho años se ha ido estrechando la vinculación del equipo regional con diferentes colectividades e individuos de los pueblos originarios de Morelos, mediante algunas de sus organizaciones, de sus casas de cultura locales, inclusive incorporándolos a diferentes actividades de investigación y de difusión del programa desarrolladas por el equipo. Talleres culturales de reafirmación identitaria, programas de radio, rescate de archivos, exposiciones conjuntas, videos, obras colectivas, peritajes antropológicos y las acciones que se dieron a partir del sismo del 19 septiembre de 2017. Todo esto ha sido posible, por un lado, debido al conocimiento generado a través de las sucesivas investigaciones realizadas por el equipo, y por otro, gracias a la estrecha relación que se ha ido construyendo con diferentes colectividades dentro de los pueblos en cuestión. No sólo se han realizado peritajes antropológicos requeridos por el Congreso local del estado de Morelos, los juzgados y tribunales federales, locales y electorales, sino también a petición de diferentes comunidades, como los que nos solicitaron los cuatro municipios indígenas de reciente creación y otras comunidades que requerían un peritaje antropológico para legitimar y legalizar su situación. El equipo regional Morelos decidió hacer una memoria testimonial de lo que se vivió en los pueblos originarios de Morelos como consecuencia del sismo del 19 septiembre de 2017. Pronto se hizo muy evidente la necesidad de ir más allá de un registro testimonial; se dio la necesidad de profundizar y dar respuestas a la extraordinaria organización que desplegaron no

solamente los pueblos originarios, sino la sociedad morelense en su conjunto. De ahí que no solamente se produjeron artículos, conferencias ponencias, además se hizo una contundente exposición fotográfica en la que se integraron una buena cantidad de testimonios. Esta exposición recorre las primeras angustias y efectos del sismo, las primeras ayudas, el rescate de lo sagrado y lo que ciertas colectividades dentro de diferentes comunidades realizaron para reinterpretar la tragedia dentro de sus danzas y otras formas de conmemoración, y sobre todo, se buscó mostrar las extraordinarias organizaciones sociales ya existentes en el momento del sismo que se activaron de manera sorprendente frente al desastre.

Comentario final

Como se planteó al inicio de este artículo, se mostraron algunos de los aportes que el Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México ha dado a los pueblos originarios del estado de Morelos. A través de los 20 años de existencia del Programa, se han dado varios procesos de maduración en las propuestas y acciones para abordar y comprender la construcción y reconstrucción de la tradición cultural indígena de los pueblos originarios de la región morelense. Lejos de presentar conclusiones, quisiera destacar y agradecer a quienes han tenido que ver con el sostenimiento de este Programa. A Gloria Artís, quién con su visión, empuje y capacidad de convocatoria dio origen al proyecto. A los más de veinte coordinadores de línea y a los miembros del Comité Académico, que guiaron la marcha del Programa. A los coordinadores de los equipos regionales y sobre todo a los investigadores contratados de esos equipos. Su enorme entusiasmo, entrega y capacidad, que les ha servido para enfrentar –año tras año– las condiciones adversas como pagos tardíos y la ausencia de prestaciones laborales. Muchos de los que iniciaron su participación en el proyecto bajo una relación laboral eventual, han obtenidos sus posgrados y varios han podido ocupar plazas de investigación en diferentes instituciones, incluyendo a la UNAM, la UAEM y el propio INAH, o bien, ahora son coordinadores de algunos equipos regionales del Programa.

También es muy importante agradecer a todos los individuos y colectividades de los pueblos originarios, de quienes aprendimos tanto, y que de vez en vez nos hacían recordar nuestros compromisos institucionales y personales.

Bibliografía

Morayta Mendoza, Miguel (coord.) (2011). *Los pueblos nahuas de Morelos. Tohuaxca, Toghente*. Atlas Etnográfico. México: INAH / Gobierno del Estado de Morelos.

_____ *et al.* (2011). "La migración en la tradición indígena de Morelos". En Margarita Nolasco y Miguel Ángel Rubio (coords.). *Movilidad migratoria de la población Indígena de México. Las comunidades multilocales y los nuevos espacios de interacción social, coordinadores* (vol. III, pp. 87-160). México: INAH.

_____ *et al.* (2003). "Chichahualistle, 'la fuerza' en el paisaje sagrado de Morelos". En Alicia Barabas (coord.). *Diálogos con el territorio. Simbolización sobre el espacio en las culturas indígenas de México* (vol. II, pp. 307-396). México: INAH.

Müller, Florencia (1949). *Historia antigua del Valle de Morelos*. *Acta Antropológica*, México.